

La complejidad de lo “femenino” (Una mirada neo-kleiniana)

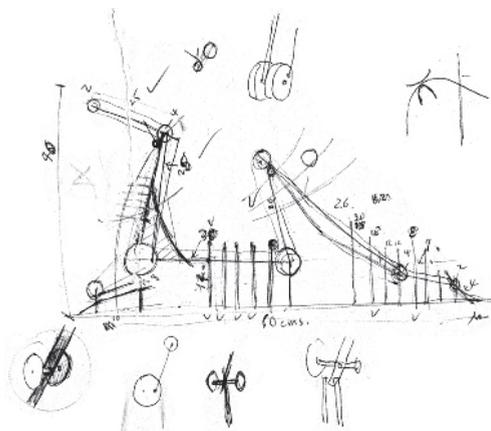
CECILIA MUÑOZ VILA

Difícil tarea la de enfrentar el esclarecimiento del concepto de lo femenino en el campo psicoanalítico neokleiniano. Es una labor dispendiosa establecer cómo se desarrolló este concepto en el pensamiento de Wilfred Bion y de Donald Meltzer a partir de algunas ideas de Sigmund Freud y de Melanie Klein. Igualmente delicado es enfrentar un tema al que siempre se le ha reconocido un componente biológico determinista y otro ideológico y político, que ha generado movimientos de protesta y nuevas áreas de conocimiento, y lograr un esclarecimiento conceptual que no suene, por un lado, a frialdad desinteresada o a “lucha de géneros”, por el otro. En este trabajo sólo pretendo mostrar cómo un esquema psicoanalítico conceptualmente coherente y expandido ha logrado desarrollar una mirada compleja sobre lo femenino, marcada por el momento histórico de las guerras reales y teóricas en las que lucharon y vivieron estos dos autores.

En este trabajo presento inicialmente la complejidad del concepto de la “madre buena”, de las mujeres sociales y de lo femenino en el pensamiento de Bion, tal como ha sido expuesto en algunos de sus textos iniciales sobre la teoría del pensamiento y en su libro final *Memorias de futuro*. Luego expongo la mirada de Meltzer sobre la “madre bella” y los esquemas de valores y formas de vida provenientes de la visión de la madre desde el exterior de sus tres compartimentos (cabeza/pecho, genital y ano) cuando existe una diferencia entre el sí mismo y el objeto.

A MANERA DE PREHISTORIA

Largo y dispendioso fue el camino recorrido por Freud desde su primera mirada a la niña-mujer como “pequeña criatura carente de pene”, herida y frustrada, envidiosa de pene, hasta llegar al descubrimiento de la doble identificación femenina y masculina, al delineamiento del masoquismo moral femenino y, también, al reconocimiento de sus



limitados conocimientos sobre la mujer. Sus elaboraciones sobre la evolución sexual en las organizaciones libidinales, sobre el complejo papel que desempeñaban el Edipo y la castración en la conformación del superyó y en los conflictos psíquicos, orientaron su mirada hacia la mujer y lo femenino. Como hombre-padre, “patriarca” del psicoanálisis y creador de la metapsicología, Freud pensó a la mujer predominantemente desde la carencia, pero mencionó y tuvo en cuenta el importante papel que jugaba la estrecha relación primaria entre la madre-pecho y su hijo. A esto se refiere Freud cuando, en uno de sus últimos textos sobre estos temas, advierte que no podemos restar importancia a la etapa pre-edípica en lo que tiene que ver con la feminidad.

Fue Klein, como “matriarca” del psicoanálisis –con su descubrimiento sobre el interior de la madre como espacio concreto-imaginado donde tienen lugar las fantasías omnipotentes de ataques orales, uretrales y anales del niño que deforman y transforman el *self* y los objetos que habitan en su interior–, quien ubicó el meollo del conflicto en la madre, que se propone como antesala para pensar el desarrollo psicosexual diferenciado entre niños y niñas y la génesis de la feminidad. Con la “dimensión geográfica” de la mente, con la diferenciación entre mundo interno y externo (pero también entre lo interno y lo externo y, consecuentemente, entre el interior y el exterior de los objetos externos e internos), Klein amplió la función de los mecanismos de defensa: introyección, proyección, escisión e identificación proyectiva, vigentes en la posición esquizoparanoide, y la culpa y la reparación propias de la posición depresiva¹, con lo cual reformuló el modelo de la mente. Si algún concepto puede ejemplificar el giro kleiniano en relación con lo que nos interesa en este artículo es el de envidia, pues si bien en la teoría freudiana este concepto aparece en el marco de la génesis de la sexualidad femenina, Klein lo considera de manera más amplia añadiendo a la envidia del pene la envidia del pecho y de la función gestadora de la mujer, con lo cual estableció un balance entre la mirada falo-céntrica de Freud sobre la mujer y otra mirada, pecho-madre-céntrica para el hombre y la mujer.

Tanto Bion como Meltzer se apoyaron en la metapsicología freudiana y en la concepción geográfica kleiniana, pero hicieron sus propios desarrollos: la dimensión epistemológica de la mente el primero, y la dimensión estética el segundo. Ambos ubicaron a la madre y a la calidad de su relación con el bebé en el centro de sus elaboraciones sobre el desarrollo de la mente, y recalcaron esta calidad del funcionamiento materno en su mirada a la mujer y a lo femenino. El funcionamiento materno de la mujer se convierte en el centro vital del desarrollo de la mente. Pero la mujer no es solo madre, cumple además otras funciones en la relación de pareja y en la relación con la sociedad. Lo femenino surge del cruce de lo materno interiorizado, tanto en la mujer como en el hombre, y recubre lo materno. De allí podríamos concluir que

¹ La posición esquizo-paranoide de Klein domina los tres o cuatro primeros meses de vida y se caracteriza por un predominio de las pulsiones agresivas, de las ansiedades persecutorias, de las relaciones de objeto parcial, la desintegración del yo y de los objetos, la confusión entre mundo interno y externo, los mecanismos defensivos de escisión, negación, idealización e identificación proyectiva, las fantasías sádico orales, uretrales y anales, las emociones extremas y poderosas y los valores egoístas. La posición depresiva se inicia en la segunda mitad del primer año de vida y se caracteriza por un predominio de las pulsiones amorosas, de las ansiedades depresivas (dolor por el daño al objeto), de las relaciones de objeto total, la integración de las funciones del yo y la síntesis de los objetos, los mecanismos defensivos maníacos, una mayor diferenciación entre mundo interno y externo, sentimientos de pérdida y daño al objeto, culpa y reparación y valores altruistas. Estas posiciones hacen parte de la dimensión económica de la mente y se convierten en estados mentales que se repiten a lo largo de la vida frente a situaciones amenazantes en la realidad externa o interna.

para todas las personas, hombres y mujeres, la relación con la madre es determinante en la conformación de lo femenino, mientras que la relación con el padre lo es en la estructuración de lo masculino. Klein formula la primacía de lo femenino materno y de la sexualidad femenina en una época en la que la sociedad occidental, en su conjunto, descubre y postula la decadencia de la primacía masculina y descarta la supremacía de la función paterna mientras le otorga a la madre y a lo femenino una gran importancia. El cambio de mirada sobre lo femenino que tiene lugar en el seno del movimiento psicoanalítico, coincide con el surgimiento del movimiento feminista.

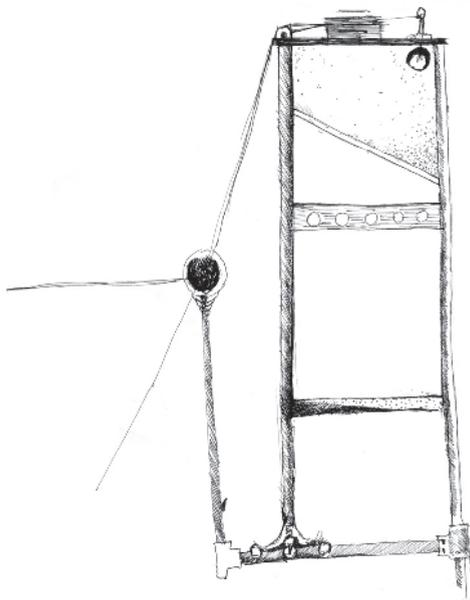
Bion, por su parte, destaca la función de la madre buena externa como factor estructurante de la mente con todas sus funciones, y la de la madre buena interna como generadora del “endoesqueleto” que liga todos los componentes de la realidad psíquica. Considera la madre buena, integrada e integradora pero flexible, como el centro de la matriz del desarrollo de la emoción y el pensamiento, explicación que coincide con su descripción biográfica sobre su amada nana hindú y contrasta con su propia madre, bella, distante y fría.

LA “MADRE BUENA” Y LAS MÚLTIPLES MUJERES DE BION

Bion aplicó el pensamiento de Klein a las funciones de la mente y concentró su atención en la construcción de los pensamientos y del aparato para pensar y en el papel que la madre desempeña en estos procesos. Apoyándose en la idea de la escisión y la identificación proyectiva de Klein, mostró la complejidad del diálogo entre las partes de la mente, y la existencia de una doble dirección en el movimiento de todas las dualidades mentales. En su teoría sobre la génesis y los usos del pensamiento y sobre la construcción del aparato para pensar, Bion afirma que la madre, como objeto primordial, y el pecho, como vínculo con su bebé, cumplen una serie de funciones que pueden permitir o impedir el desarrollo de la mente.

La madre buena

La madre con capacidad de contención logra responder apropiadamente a las demandas de su bebé y permite que éste se sienta comprendido y reconfortado. Es ella la que intuye las incomodidades del bebé, la que capta sus necesidades a través de los sentidos y sus cualidades psíquicas a través de la conciencia y la que, con su capacidad de ensoñación, consigue imaginar los complejos sentimientos de su bebé y darles significado. Cuando la madre acepta las ansiedades persecutorias del bebé (contenidos aterradores de desastre inminente equivalentes a la muerte) y lo “toma en



sus brazos, lo consuela y trata de calmarlo”, le devuelve sus ansiedades con cualidades más digeribles y tolerables, lo que le permite introyectar la tolerancia y la tranquilidad como factores que construyen su propia contención. De esta manera, se establece un círculo benigno en la relación con la madre. La conciencia, la atención y el interés de la madre, mantenidos en el tiempo, incrementan en él su capacidad de espera y disminuyen su voracidad angustiada².

Para Bion, la función biológica de dar de mamar está acompañada de la función psíquica de dar amor, lo que incide en el desarrollo de la confianza en el objeto. El bebé que es alimentado y querido, que recibe “leche, seguridad, calor, bienestar y amor”, capta la existencia de un “pecho bueno” que satisface y de un “pecho bueno ausente” que vendrá cuando se lo necesite. Pero si el objeto no llega, el bebé construye un pecho malo presente. El bebé que es alimentado y no querido, capta la necesidad de un “pecho bueno” que no llega y convierte el que se le ofrece en un “pecho malo” que tiene que evacuar. Al defecar, suelta el “pecho malo” y asocia su evacuación con un estado de ánimo, de satisfacción en este caso, por lo que confunde el “pecho bueno” con la evacuación del “pecho malo”. Esto hace que el bebé intensifique e hipertrofie la función evacuativa, que incrementa la “voracidad de la expulsión” y la convierta en “voracidad receptiva”. Recibe entonces objetos “degenerados” que pierden su bondad y se convierten en “proyectiles” que van y vienen. Se hipertrofia entonces la conciencia, y las cualidades psíquicas adquieren una intensidad intolerable. Este círculo vicioso maligno, que perturba el desarrollo del niño, puede romperse cuando la relación madre-bebé se sustenta en el uso de la identificación proyectiva con “un sentido de realidad rudimentaria y frágil” que, no obstante, opera de manera realista, permitiendo la comunicación de sensaciones y sentimientos indeseados del bebé y su recepción tolerante por parte de la madre³.

La tolerancia a la frustración de la madre permite que el bebé cree su propia tolerancia a la frustración. Hace posible también que el bebé desarrolle la capacidad de pensar como sustituto de la acción, que perciba adecuadamente la “realización” de la preconcepción en el encuentro con el objeto concreto, que construya el “sistema de notación” (memoria) que permite, a su vez, el desarrollo de la atención y la conciencia de los datos sensoriales vinculados a una experiencia emocional. Una adecuada tolerancia a la frustración permite que los sentimientos dolorosos se mantengan el tiempo suficiente como para que la personalidad pueda modificarlos y no tenga que evacuarlos. El aparato psíquico se encarga de la modificación de los sentimientos y de las realidades, resuelve problemas y se deshace de excreciones indeseables. Permite que los datos sensoriales estén disponibles para los pensamientos oníricos y para la acción, pero también para la “publicación” y para la “comunicación”, permitiendo

² W.R. Bion, *Volviendo a pensar*, Hormé, Buenos Aires 1977, ps. 154-155.

³ *Ibid.*, p. 159.

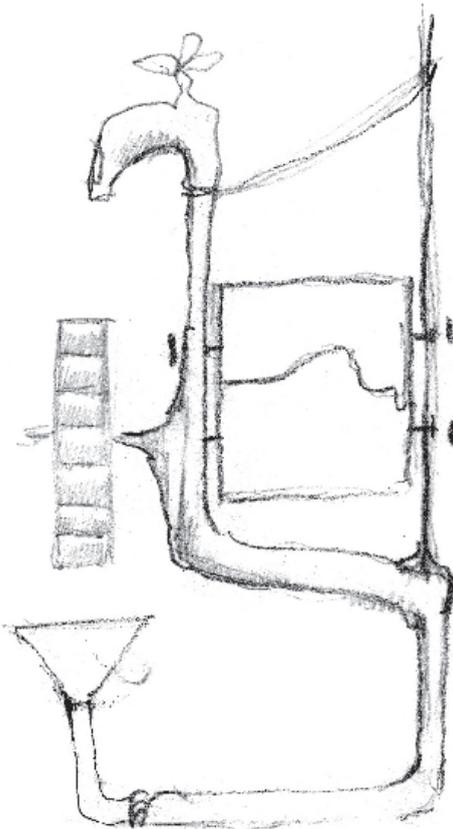
la correlación de los datos y su conjunción armónica que aporta la sensación de verdad y la posibilidad de una configuración de sentido común como punto de vista emocional compartido.

Todas las funciones de la madre buena descritas por Bion dan cuenta de la complejidad del funcionar femenino en el momento de enfrentarse con la difícil tarea de la maternidad. La madre buena es creadora de la mente de hombres y mujeres y generadora del aparato para pensar. Ser mujer –madre buena– implica haber interiorizado las funciones de contención, ensoñación y tolerancia a la frustración en la relación consciente, atenta e interesada con su propia madre externa e interna para poder llevarlas a cabo con su propio bebé.

Las múltiples mujeres sociales

Aunque Bion no se ocupa solamente de la madre cuando habla de las mujeres. En los tres libros de *Memorias de futuro*: “El sueño”, “El pasado hecho presente” y “El amanecer del olvido”, a través de una serie ficticia de conversaciones entre partes de la mente, personificadas por mujeres y hombres “reales o ficticios” (Rosemary, Alice, Tom, Roland, Robin, Bion, Yo mismo, Hombre, entre otros), Bion expone las imágenes distorsionadas y reales (producto de su experiencia) que tiene sobre la vida, la muerte, la guerra, el tiempo, el espacio, la mente y el psicoanálisis. En uno de los vértices de estas conversaciones tiene la intención de enfrentar las miradas masculina y femenina. Bion describe distintas “mujeres de la mente” que se ubican de manera diferente en el mundo de la vida social, y resalta la diferencia entre la mujer libre, incluso salvaje, y la dependiente y sumisa a los cánones morales y a las costumbres aceptadas. Confronta la mirada falo-céntrica del hombre que desvaloriza el papel de la mujer y de la madre por no haber estado en su guerra, la guerra de los hombres, con la mirada de la mujer, que le muestra la violencia y el dolor de muchas de sus experiencias domésticas.

Lo que presento a continuación es una sucinta construcción propia, con base en trozos de lectura del texto de Bion, en la que espero quede registrada la intensidad afectiva de su extensa construcción. El punto central de la discusión está constituido, por un lado, por las ideas deslegitimadoras que los hombres tienen sobre la existencia y la comprensión femeninas porque las mujeres no han estado expuestas a la violencia de la guerra, ni a la dominación de la jerarquía militar, ni han tenido que enfrentarse a la muerte sangrienta en el campo de batalla y, por otro lado, las ideas de las mujeres que les muestran cómo han vivido ellas mismas en el interior de su hogar doméstico, en la escuela y en la calle las mismas situaciones violentas y sangrientas como efecto de las acciones de los hombres, bajo sus conflictos y su protección o en su ausencia.

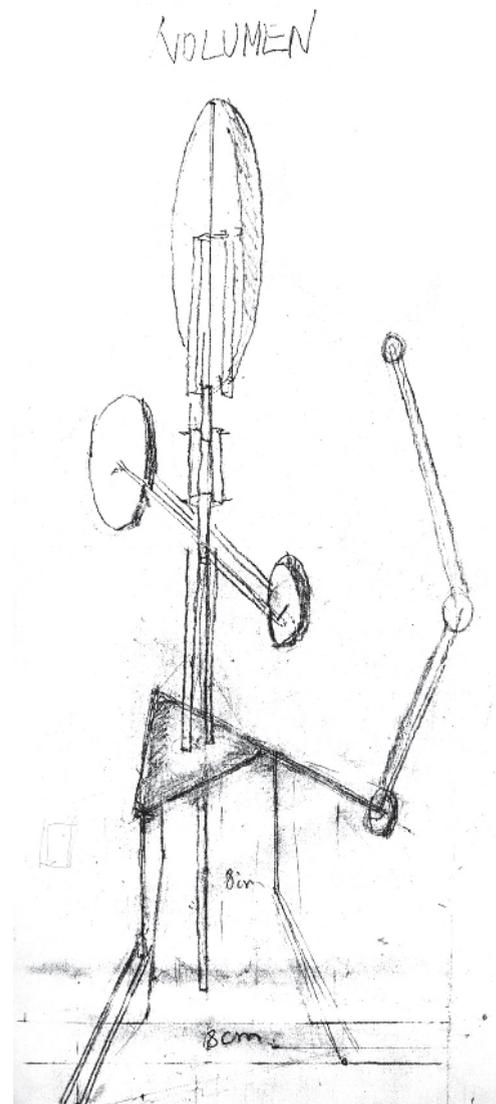


Imágenes reales, engañosas y distorsionadas que se entremezclan y que llevan a la confusión, al choque y al desencuentro⁴.

Estas son algunas de las preguntas imaginadas que surgen en las voces de las mujeres como respuesta a la desvalorización que los hombres hacen de sus formas de pensar y de sentir: ¿Que no entiendo nada sobre la dominación y la guerra? ¿Qué te parece la relación de los señores de la casa, incluso de las señoras, con las criadas? ¿No queda la voluntad de estas últimas, su acción y su ser, dominados por constantes demandas y exigencias y por los escasos recursos que se les ofrecen? ¿No es la vida con el hombre a veces tan lúgubre como la vida en la guerra? ¿No es una carga pesada la dependencia? ¿Que no sé nada sobre la vida porque no he estado en la guerra? ¿Qué te parecen las guerras domésticas? ¿Qué opinas sobre el uso abusivo y despiadado que se hace de las mujeres? ¿Te parece poca cosa que tengan que acostarse con los hombres, maridos o no, para que ellos puedan asegurar su vida de guerra? ¿Qué te parece la muerte en vida? ¿Y el peligro de morir por dar la vida? ¿No es sangriento también el parto? ¿No reconoces los peligros que padecen las putas cuando enfrentan a los caballeros? Con base en estas preguntas y en sus respuestas, producto de condensaciones, surgen algunas imágenes de mujeres.

Las múltiples mujeres de Bion

La metáfora que utiliza Bion en “El sueño” se inicia con la reversión de las posiciones de Alice, la señora de casa, y Rosemary, su criada, en el momento en que se desata la guerra y se rompen todos los cánones vigentes en una sociedad. La primera representa a la mujer dominante que controla la escena desde el poder y la insolencia que le otorgan su “belleza y su riqueza”, su posición de señora de la casa y de esposa del dueño, bajo una “cobertura de amor duro y suave” y desde una estructura mental donde están presentes el dominio de las costumbres y el control internalizado de las normas morales. La segunda representa a la mujer sometida que obedece y cumple los deseos de su señora pero que, por fuera de este vínculo, tiene una posición más libre frente a las costumbres y las normas morales. El rompimiento del contexto social producido por la guerra y el forcejeo sensual entre las dos mujeres, da origen a la reversión de la perspectiva, bajo la égida del triunfo sexual de Rosemary. Los papeles se invierten: desaparecen “la culpa y la subordinación en Rosemary” y el dominio de “la riqueza, la clase y la belleza” de Alice, quien cae bajo un estado de “remordimiento y amenaza” y descubre el gusto por la humillación. Los espacios de vida y sus vestidos se invierten: la doncella ocupa el cuarto nupcial y viste la ropa de la dama sintiéndose poderosa en medio de recursos robados. De repente viene el ataque de los hombres de la guerra que



⁴ W.R. Bion, *Memorias de futuro*, Julián Yébenes, S.A., Madrid 1995. En la construcción que hice, utilicé trozos desperdigados por todo el libro, y muchos de ellos fueron reformulados, abreviados, para realizar un todo coherente.

las deja a ambas sumidas en la desnudez, el hambre y el examen médico minucioso y frío de los invasores. Una vez solas, el dominio ganado por la voluptuosidad reaparece y con él la relación social invertida y la relación sexual invertida.

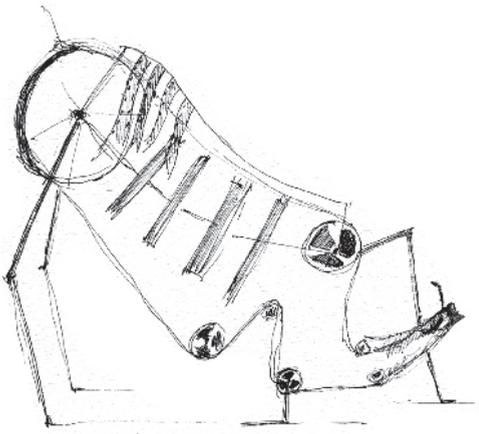
La inversión de la relación social es usada por Bion como un artificio para mostrar la importancia de la reversión de la perspectiva, figura y fondo alternantes en la mente, dos visiones que comparten sus límites pero que son diferentes, y el descubrimiento de nuevas formas de ser que no se dan cuando se está en una posición estática. El crecimiento de la mente y la expansión de las vivencias depende de la movilidad entre los extremos, de la “doble dirección”, y los “cambios catastróficos” permiten la aparición de nuevas y verdaderas formas de existir.

La relación sexual invertida muestra el regreso a la relación erótica con la madre y los hermanos en la infancia, por fuera de la égida paterna, en el juego escondido que descubre las nuevas sensaciones pero que, en medio de la guerra de los hombres, se convierte en una sexualidad cuyo carácter es de dominación guerrera.

En las voces femeninas aparecen las imágenes de mujeres en la guerra, presas de conquista u origen de la misma, como objeto de deseo competitivo, como trofeo de los hombres vencedores, como tierra arrasada de los perdedores. En medio de la competencia pero estimulándola. Aparece también la “mujer feliz” de poder consolar al hombre abatido por el sufrimiento de la guerra, y “la mujer dolida y confusa” frente a los hombres muertos en la guerra.

Aparecen las mujeres inicialmente felices con el matrimonio y luego desilusionadas porque lo esperado no se cumple. Mujeres educadas e infelizmente casadas que aceptan lo falso de “la riqueza, la moral, la posición y el poder” que les ofrecen los hombres. Surge la imagen de las putas que de niñas recibieron las “caricias de curas mentirosos, impotentes, aficionados” en los orfanatos. Putas que crían a sus hijos lo mejor que pueden, que trabajan para darles de comer, que no se casan con “los canallas” que las embarazaron, que atienden a “caballeros educados” que las atacan con violencia, que les “arrancan los pezones de un mordisco”. Putas que enseñan a sus hijas “a manejar a los ricos, a los poderosos, a los canallas ávidos de lujuria”, que no quieren que sus hijas amen ni se dejen amar porque entienden que “el amor no vale la pena”, que “el amor impide pensar con claridad”. Mujeres que les enseñan a las jóvenes el “uso de anzuelos” para atrapar a los hombres que se les acercan y de recursos para defenderse de “la comida y los preparados farmacéuticos” que les ofrecen como engaños.

Hay una cierta analogía en el planteamiento de Bion entre la guerra de los hombres y la guerra de la sexualidad de las mujeres al servicio de los hombres. Considera que hay tanta violencia en la guerra del “amor sádico”, destructivo,



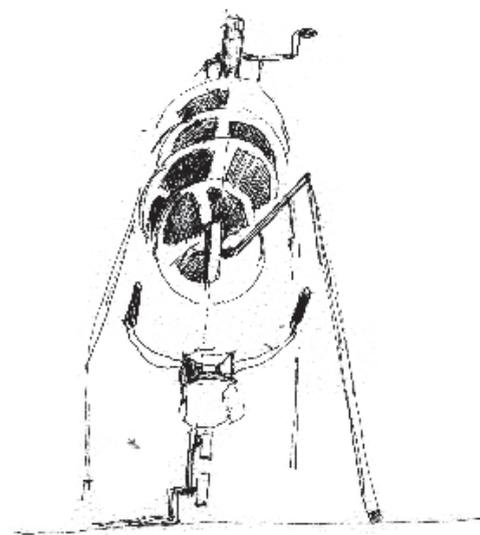
dañino, irrespetuoso, como en el “amor seductor”, atractivo y gustoso, que apresa y envenena. Resalta la violencia en el amor sádico y en el seductor, al que las mujeres se entregan por deseo o necesidad, y el peligro de muerte real o de muerte psíquica que corren en medio de ataques violentos, de estados de escepticismo, desilusión, desengaño, desesperanza hacia la posibilidad del amor y de aburrimiento aterrador. Destaca la relación entre la verdad y la fuerza en la relación de la madre puta con sus hijas y entre la mentira y debilidad en la relación idealizada y engañosa de la mujer casada por interés.

Surge también la imagen de la “mujer bonita e inteligente”, envuelta en el “resplandor y destello” que, insensata y tontamente, no puede “frenar el crecimiento de la admiración de los hombres por ella”, ni advertirle que “está haciendo el ridículo con sus halagos”. La mujer que no distingue entre “los hechos”, “sus méritos” y “la capacidad de amar del otro”, que simplemente se deja admirar y no hace nada para reducir la admiración idealizada. La “mujer enamorada” que se entrega al amante-marido-protector-atacante, que sucumbe ante “la tableta de chocolate” y forma una “sociedad de admiración o de recriminación mutua” con el hombre. Bion destaca una relación entre la falsedad, el engaño, la seducción y la admiración, por un lado, fomentada y aceptada por la mujer y, por el otro, ejercida como arma por el hombre. Ninguno de los dos puede diferenciar y reconocer el sentimiento amoroso, porque están enredados en un mutuo narcisismo halagador.

Surge también “la mujer que se arriesga en el parto, teme el momento final del embarazo y teme su propia muerte en medio de la ilusión de la llegada de su hijo”. La “mujer parturienta” que después del forcejeo de movimientos con el bebé que nace, sigue viva pero que muchas veces “se pregunta si ha valido la pena vivir la vida que le quedó”. La “mujer anciana”, envuelta en “pobreza y harapos”, que “sentada, triste y abatida muestra sus llagas”, lleva la “fealdad” en ella y tiene el don natural de la “suciedad y la miseria”. Es el contraste entre la mujer que se arriesga para dar la vida al hijo deseado del hombre amado y aquella que, ya cercana a la muerte, en medio de una mirada de desprecio por su decaimiento, aislada social y afectivamente, muere en la calle o en el ancianato.

Los hombres de las mujeres y las mujeres de los hombres

Surgen también algunas de las imágenes que las mujeres tienen sobre los hombres. Seres sumergidos en el miedo que se hacen los valientes pero se sonrojan ante la mirada insistente de la mujer; hombres educados necesitados de las putas, guiados por ellas, pero avergonzados de ser vistos en su compañía. Hombres a los que les gusta



la ternura pero que quieren impresionarlas con su superioridad masculina. Hombres que “las llevan al monte” y “laceran sus pechos con sus dientes y devoran su carne como si fueran bestias salvajes”. Seres que le temen a la experiencia emocional y sólo se interesan en los “conflictos, la rivalidad y la victoria”. Convencidos de que “tienen que ser potentes”, no reconocen que las mujeres que los aman pueden “ayudarles a ser potentes”. Hombres útiles “con las balas, con el pene y otros misiles dirigidos”, pero inútiles si no tienen una pista única o una guía que los oriente. Hombres que se impresionan ante las “ideas ilógicas” de las mujeres, que piensan que ellas siempre “se van por las ramas cuando piensan y hablan”, pero que no se dan cuenta de que todo se debe a que siempre están haciendo labores domésticas para ellos y sus hijos. Hombres que son “un encanto” pero tienen ideas fijas y no las ven, que creen que “las mujeres no tienen inteligencia”, “como si por el hecho de no tener pene, no tuvieran capacidad para el pensamiento masculino”. Hombres que han tenido a las mujeres mucho tiempo en las tinieblas y no les interesan sus opiniones, o que las culpan de todo. Las excluyen por no haber estado en la guerra y no comprender lo que allí sucede, “como si no comprender no fuera importante”. Hombres que “las dejan solas y las enloquecen, que las hechizan y atormentan”.



Tal vez, en este conjunto de miradas, Bion quiso plantear la perturbación de la relación entre los hombres y las mujeres por el predominio del engaño, la mentira, la seducción que aniquila al otro, la violencia que destruye, que lleva al desengaño y la desilusión porque esa relación no se da cara a cara, sin las máscaras idealizantes o denigrantes que rompen la intimidad y hacen de la relación un encuentro narcisista. Como contraste, queda la imagen de la madre buena que se enfrenta a su bebé desconocido, bello y misterioso quien, con sus demandas insistentes de ser oído, mirado y tenido en cuenta, fuerza el encuentro con ella. Bebé que hace surgir a la madre, que despierta la urgencia de responder a sus demandas, a sus necesidades, aunque no siempre lo logre. Relación teñida de verdad si se mantiene en el dominio del encuentro primitivo y misterioso y no se impregna del cumplimiento de imágenes idealizadas de la madre socialmente aceptada, esto es, si no predomina el “exoesqueleto”.

En medio de todas esas figuras de guerra entre el hombre y la mujer parece que lo femenino y lo masculino se confunden porque, llenos de malos entendidos, prejuicios e imágenes distorsionadas, no se reconocen entre sí. Cada uno recoge falsedades ancestrales de sentimientos e ideas, y los recuerdos los sumen en la oscuridad, en el vacío, en choques continuos y discusiones sin fin, no pueden verse con claridad a sí mismos, ni al otro. Sobre esta base, no reconocen sus diferencias sino que buscan falsas igualdades. Cuando se encuentran de verdad, por fuera de las imágenes estereotipadas

y distorsionadas, pueden unirse, diferenciarse e inclusive ser contrarios y transformarse. Como continente y contenido alternos, la parte femenina y masculina de cada hombre y de cada mujer se necesitan mutuamente, al fin y al cabo “continente” necesita de “contenido” para existir.

Como diría Bion, en la relación prenatal← →postnatal, madre← →bebé, mujer← →hombre, femenino← →masculino, se produce un constante flujo de desintegración e integración, de turbulencia y crecimiento, movimientos indispensables de la vida mental. Pero si los que se encuentran no son el hombre y la mujer sino los malos entendidos generados por idealización y denigración sobre lo masculino y lo femenino, la resultante no es otra que la confusión con la consecuente desilusión en el encuentro.

LA MADRE “BELLA, BUENA Y VERDADERA” DE MELTZER

Aunque el planteamiento de Meltzer sobre lo femenino cruza todos sus escritos a través de la exploración constante de las obras de Freud, Klein y Bion, para los efectos de este trabajo sólo voy a revisar *La aprehensión de la belleza* y *Claustrum*. En estos textos el centro es la madre. La manera como ella desempeña sus funciones y el lugar que ocupa en el espacio mental del hijo son elementos esenciales para el desarrollo mental del niño, y su distorsión señala el camino a la patología. Meltzer, de la mano de Bion, va de nuevo al encuentro de la teoría kleiniana y expande el concepto de la madre y lo femenino.

Meltzer explora una nueva dimensión de la mente, la estética. Construye un modelo alrededor de la experiencia emocional estética con la madre, del conflicto estético y sus consecuencias, y del papel de la relación emocional íntima en el desarrollo mental. Expande la mirada hacia el interior del cuerpo de la madre al diferenciar en él tres compartimientos y establecer los efectos que, sobre la mirada hacia el mundo y la manera de existir en él y de relacionarse con los objetos, tiene vivir por fuera de ellos. Plantea además nuevos sistemas de valores ligados ahora no sólo a la dimensión económica de Klein, a las posiciones, sino a su dimensión geográfica. Su mirada a la mujer parte de la idea de la madre bella, bondadosa y verdadera, enfrentada al conflicto estético en el encuentro con su bebé. Si logra tolerarlo, puede ayudar en el proceso del encuentro íntimo, que exige verdad, integridad y reconocimiento del conflicto permanente, y en el acercamiento a la belleza y la bondad de la vida en medio de dolores de los cuales no es posible evadirse si se espera que la mente evolucione.



“La bella madre abnegada común y su bello bebé común”

Para Meltzer, la experiencia estética de la madre con el bebé es “común, habitual y consuetudinaria”. Si la madre logra identificarse con el bebé y reacciona en consonancia permite el desarrollo de su mente. Desarrollo que ya ha tenido una prehistoria en las experiencias proto-estéticas en el útero. Enmarcado en “el andar grácil de la madre, en la música de su voz, en los latidos de su corazón”, el bebé responde con una mezcla de danza y juego. Pero si la madre se angustia, si está cansada, si hace movimientos bruscos, el bebé se altera. Al final del embarazo, en el útero que se hace cada vez más pequeño, el bebé imaginativamente se lanza hacia afuera donde intuye la existencia de un mundo nuevo⁵.

En *Aprehensión de la belleza*, Meltzer plantea que la experiencia emocional implica el conflicto entre la presencia de los sentimientos positivos y negativos de amor, odio y conocimiento “que rodean el deseo y el interés”. Son ellos los que están disponibles para “los pensamientos oníricos, la abstracción, la condensación, la generalización y el pensamiento sofisticado”. Su propia tolerancia permite la “tolerancia a la incertidumbre” o, a “los contrarios”, a la “capacidad negativa” (Keats), que se convierte en el centro del “conflicto estético”. Conflicto que Meltzer describe como “el impacto estético del exterior de la madre ‘bella’, a disposición de los sentidos, y el interior enigmático que debe ser construido mediante la imaginación creativa”. Esta situación, que genera incertidumbre, desconfianza y sospecha del objeto, sólo se supera con “el deseo de saberlo”, de conocerlo y reconocerlo, sustentado en el misterio de lo desconocido, en el reconocimiento de “lo incognoscible sensorialmente”, en la posibilidad de “hacer conjeturas imaginativas”. En cambio, la situación es perturbada si lo que predomina es “el deseo de poseer al objeto del deseo”.

Para Meltzer, no ser conmovido por la belleza es incompatible con la supervivencia de la mente. El dolor generado por el conflicto estético puede, por su intensidad, ser evadido dando lugar a una interrupción del desarrollo mental. Pero si se tolera, puede darse el enamoramiento del objeto y el deseo de conocerlo, lo cual “tiene un efecto ennoblecedor [...] en el propio carácter [...] en la visión del mundo y del prójimo”. Hacer el bien al objeto, comunicarse con él y desear su felicidad son la base de la bondad en la relación con el otro. La buena relación entre los padres favorece la buena relación entre la madre y su bebé. Sólo “el amor a primera vista entre la madre y el bebé” permite “la tolerancia del bebé al impacto de la belleza de la madre” y sólo en el encuentro con el pecho que da alimento se crean las condiciones para “la continuación de la esperanza y la tolerancia a la pasión”⁶.

Meltzer reconoce como funciones del padre bueno el “aprovisionamiento y la protección de la relación madre-hijo” y su genital como instrumento, no como falo sino



⁵ D. Meltzer, *La aprehensión de la belleza*, Spatia, Buenos Aires 1990, p. 28.

⁶ *Ibid.*, p. 61.

como “pene y cojones” que dan la fuerza no para atacar sino para proteger a la madre y al hijo de los embates de sus perseguidores externos e internos. Junto con la madre, el padre proporciona un espacio protegido donde el hijo pueda tener experiencias de “relaciones emocionales íntimas” que son la base de su desarrollo mental. Relaciones “misteriosas” que, bajo una “atmósfera de confianza”, permiten el contacto con las ideas de “belleza, verdad, bondad, justicia, generosidad, misericordia, caridad, sabiduría”, las cuales hacen parte, según Meltzer, de las “preconcepciones y de la experiencia milenaria de la humanidad”, pero que suelen ser afectadas por la intensidad del conflicto estético y por las experiencias de separación. Todas esas ideas-sentimientos se ven afectadas por la persistencia del modelo patriarcal que desdeña el papel de la mujer y su disposición materna, y por la aparición del desinterés femenino en el papel del hombre y en su disposición paterna, dañados por la exigencia de igualdad forzada. Esta exigencia genera confusión al no admitir las diferencias cualitativas del ser y al reconocer y ubicarse, por el contrario, en relación con diferencias que dan poder y en la lucha por el poder⁷.

Tanto en la madre buena como en el padre bueno se pone de manifiesto el estado mental adulto que depende del buen estado de los objetos internos y de la buena relación del *self* con ellos. Este estado se caracteriza por la sensatez intencional frente a la vida, por la presencia de aspiraciones de carácter ético, por una relación con los objetos externos basada en su valor y un predominio de la responsabilidad sobre los preceptos morales. La “emocionalidad, la observación y el pensamiento” son su manera de acercarse al mundo, tanto interno como externo, y aprender de la experiencia.

Es en su libro *Claustrum* donde encontramos las imágenes de lo femenino cuando describe la mirada desde el afuera de los compartimentos del objeto materno (cabeza/pecho, genital y ano). Meltzer toma de Klein la teoría de la necesidad de entrar en el interior de la madre, pero establece una diferencia entre la entrada imaginativa a este interior, relacionada con el deseo de conocer, y la entrada intrusiva motivada por la agresión envidiosa y el deseo de control. Es por medio de la entrada imaginativa, con diferenciación clara entre el *self* y los objetos, que aparecen las cualidades de la disposición femenina. La cabeza/pecho de la madre interna vista desde el exterior como objeto parcial, total o combinado, conlleva la noción de riqueza a través de la alimentación que se recibe, y “la generosidad, receptividad, reciprocidad estética” de la madre que hacen posible “el conocimiento y la formación simbólica”. Desde afuera “la madre es diligente, plena de responsabilidades y prudente por previsor”, “fuente de conocimiento y sabiduría”⁸.

⁷ *Ibid.*, ps. 66-67.

⁸ D. Meltzer, *Claustrum*, Spatia, Buenos Aires 1994, p. 73.

El comportamiento genital de la madre interna es visto desde la concreción del dormitorio de los padres, concebido éste como “santuario de ritos misteriosos y venerados, en el que el padre con su pene y su semen alimenta, fertiliza y limpia los órganos reproductores de la madre”. Le permite a la madre la generación de bebés de los cuales está llena. El valor central es el trabajo, por la dedicación que implican la procreación como actividad conjunta, el embarazo de la madre que se sucede bajo la protección y compañía del padre, y la crianza compartida, que conlleva el aprovisionamiento y la receptividad del padre a los “desperdicios psíquicos” que los hijos depositan en la madre⁹.

El ano de la madre interna es un depósito de deshechos de los bebés externos e internos, cuya limpieza es realizada por el padre a través de una “tarea heroica” con el fin de proteger la salud mental de la madre. Son estas difíciles tareas las que definen su masculinidad protectora. Desde el exterior predominan la verdad refutable, la justicia sin venganza, la emocionalidad de lo íntimo, la confianza en el objeto protector, la dedicación al objeto y el arrepentimiento por el daño que se le puede haber hecho en intrusiones anteriores.

Según Meltzer¹⁰, es bajo las distintas formas del funcionar infantil, ligado a las sensaciones y los impulsos, que se hacen presentes las distorsiones que afectan el funcionamiento mental posterior tanto masculino como femenino. En el estado mental infantil bisexual predomina la identificación proyectiva con los padres externos y suelen construirse parejas que juegan a “la casa de muñecas”. En el estado infantil masculino se produce temor reverencial a los poderes de atracción de la mujer o un desprecio a lo femenino por una sobrevaloración de lo masculino. La potencia propia se iguala a la destreza física, y se confunden los celos posesivos con los protectores y la “defensa valiente” con la “violencia agresiva”. En el estado infantil femenino, la belleza física se vuelve el valor dominante como instrumento de conquista que suele transformarse en voracidad sádica hacia los esclavos que las admiran. La suavidad falseada o la pseudo-dependencia rigen en este estado las relaciones de las mujeres con los demás, mientras que las funciones del esposo se desperdigán en múltiples figuras masculinas (padres, hermanos, amigos). La orientación prioritaria hacia los niños las aleja del cónyuge y las acerca al grupo de “madres con bebés”. En el estado de *pandilla de chicas*, ellos son vistos como degradados y convertidos en impotentes. Se crea una pseudo-familia de hembras conspiradoras y varones castrados. En el estado de *pandilla de chicos*, ellas son vistas como inferiores e incapaces de vivir sin su protección, y sus hijos son sólo extensiones de ellos mismos. Se agrupan como guerreros ganadores y denigran de los perdedores, entre ellos, de sus padres. Se orientan hacia el dinero, el poder y la fama y dejan de lado el interés, la amabilidad o la cooperación. Todos los estados infantiles

⁹ *Ibid.*, p. 90.

¹⁰ M. Harris y D. Meltzer, *Familia y comunidad*, Spatia, Buenos Aires 1990, ps. 49-59.

son de carácter narcisista, centrados en una sobrevaloración de las cualidades propias y en una denigración o subvaloración de las cualidades diferentes: “solo el que es como yo vale la pena”.

REFLEXIONES FINALES

Para terminar, quisiera afirmar que bajo el esquema neokleiniano lo femenino en su origen no se aparta de una condición corporal (pecho-falta de pene), pero en su destino psíquico, a través de la complejidad de las identificaciones (materna-paterna), se acerca cada vez más a una serie de funciones y capacidades mentales aprendidas desde los primeros momentos de la vida, y a un sistema de valores que se expande a lo largo de ella. Las funciones de contención, de ensoñación, de conciencia, de atención, de emoción y pensamiento de la madre externa, su función de imán sensorial y estético y sus capacidades de tolerancia al dolor, a la frustración, a la incertidumbre, al misterio, a la turbulencia, a la diferencia, al conflicto estético, que posibilitan el desempeño de aquellas funciones, permiten que la mente se desarrolle y que construya un sistema de valores donde predominen la belleza, la bondad, la verdad, la confianza, la generosidad, la receptividad, la reciprocidad estética, la protección, la prudencia, la sabiduría del objeto interno (pecho-pene; madre-padre) y del sí mismo. Imagen idealizada que se convierte en una utopía psíquica por la cual vale la pena trabajar en el cuarto analítico y en la realidad externa. Imagen claramente distorsionada desde la visión estereotipada predominante en los sistemas sociales y culturales patriarcales ancestrales y desde el funcionamiento psíquico regido por las partes infantiles de la mente.



BIBLIOGRAFÍA

- BION, W. R., (1967), *Volviendo a pensar*, Hormé, Buenos Aires 1977.
- , (1991), *Memorias de futuro*, Julián Yébenes, S.A., Madrid 1995.
- HARRIS, M. y MELTZER, D., *Familia y comunidad*, Spatia, Buenos Aires 1990.
- MELTZER, D., *La aprehensión de la belleza*, Spatia, Buenos Aires 1990.
- , (1992), *Clastrum*, Spatia, Buenos Aires 1994.